



Leon: Trigo á 48 reales fanega. Centeno á 27. Cebada á 24. Alubias, de 64 á 66. Lentejas, de 56 á 66. Patatas á 2 reales arroba. Tocino, de 62 á 64.

Toledo: Trigo, 21'62 hectolitro. Cebada, 12'61. Centeno, 11'71. Habas, 18'02. Guisantes, 16'22. Algarroba, 12'61. Garbanzos, 0'60 kilo. Aceite, 10. Vino, 4'60. Aguardiente, 9'60.

Guadalajara: Trigo, 20'77 hectolitro. Cebada, 10'42. Centeno, 12'21. Garbanzos, 0'75 kilo. Aceite, 3'90 decalitro. Vino, 3'40. Aguardiente, 7'30.

Huelva: Trigo, 27'03 hectolitro. Cebada, 17'00. Centeno, 16'20. Maíz, 16'22. Habas, 0'27. Frijoles, 0'31 kilo. Garbanzos, 0'43. Arroz, 0'60. Aceite, 10'30 decalitro. Vino, 1'90. Aguardiente, 11'00.

Lérida: Trigo de primera, 29'40 hectolitro. Idem de segunda, 26'50. Cebada, 14'36. Maíz, 15'04. Judías, 42'28. Aceite, 12.

Palencia: Trigo de primera, de 48 á 49 1/2 rs. fanega. Cebada id., de 24 á 25. Avena id., de 14 á 15. Yeros, de 27 á 28. Garbanzos, de 100 á 140. Títo, de 40 á 44. Alubias, de 76 á 80.

Valladolid: Se ha pagado el trigo á 48 reales y medio las 94 libras. En la estación entraron 400 fanegas de trigo de 47 á 48 1/2. En harinas rigieron los siguientes precios: De primera á 17 1/2 rs. arroba con saco. De segunda á 16. De tercera á 13 1/2.

Pamplona: Trigo, de 25 á 25'50 rs. robo. Avena á 9'75. Cebada, de 14 á 15. Habas, de 17 á 25. Beza á 17'50 y 18. Maíz, de 14 á 16. Aiscol á 16. Giron, 14 á 15. Alubias á 42.

Precios de los líquidos en la alhóndiga municipal: Vino comun, de 14 á 18 reales cántaro. Idem rancio, de 36 á 40 idem. Vinagre, de 8 á 9 id. Aguardiente, de 34 á 56 id. Aceite, de 66 á 70 id. arroba navarra.

Almendralejos: Trigo á 12'50 la fanega. Cebada á 8. Avena á 5. Habas á 12'50. Garbanzos á 22'50. Chicharos á 14'50. Muelas á 8'75. Aceite á 9. Vino á 3. Vinagre á 2'50. Aguardiente de 30 grados á 14. Idem de 16 grados á 8.

Don Benito: Trigo fuerte rubio á 58 rs. Idem mezclilla á 40. Idem blanquillo candéal á 46. Idem blanco (pelón) á 44. Cebada á 28. Avena, de 14 á 15. Habas á 40. Garbanzos gordos de 100 á 105. Idem menudos de 50 á 61.

Villafraanca: Trigo á 12'50 la fanega. Cebada á 9. Garbanzos á 0 la arroba. Vino á 3'50. Aguardiente á 8. Carne de carnero á 0'53 la libra. Tocino á 1.

Albacete: Trigo, 26'13 hectolitro. Cebada, 14'86. Centeno, 18'02. Maíz á 18'02. Garbanzos, 0'74 kilogramo. Aceite, 10'70 decalitro. Vino, 1'50. Aguardiente, 5'90.

Oviedo: Trigo, 24 pesetas hectolitro. Cebada, 13. Centeno, 17. Maíz, 18'90. Garbanzos, 0'77 kilogramo. Judías, 0'19. Arroz, 0'06. Patatas, 0'10. Vino, 12'70 decalitro. Aguardiente, 11'70. Aceite á 10'50.

La fisonomía del mercado vinícola nacional presenta la misma animación que hacíamos constar en nuestra anterior revista, y no dudamos que aumentará más y más á medida que los cosecheros vayan cediendo en sus pretensiones. Los desengaños sufridos por la adulteración de los vinos en Cataluña han traído la demanda á las provincias de Castilla, que comparan una contratación constante y creciente con la Rioja y Navarra, llegando á Bilbao muchos vagones cargados de vinos para ser embarcados con destino á Francia.

Pero como no haya tenido variación este caldo, así como tampoco se haya operado en los aceites, aplazamos para la semana próxima detallar sus precios corrientes, logrando de esta manera no dar demasiada extensión á la presente revista.

Siguen nuestras plazas al pormenor siempre bien surtidas, porque ésta es su constante situación normal, sin que se anoten sensibles oscilaciones; pero no siempre las clases jornaleras y las pequeñas fortunas pueden salirse de cuanto se concepta necesario para la vida, porque si bien los precios no aumentan, los jornales con el mal tiempo escasean, y la paralización en los negocios trae la atonía, precursora casi siempre del malestar.

Por eso cuantos de intereses materiales nos ocupamos, y vivimos del producto del trabajo, hacemos siempre votos por que haya constantemente paz y buen tiempo.

ITUI

Que tú sea prenombre personal, ó bien un simple adjetivo de posesión, ni á tí ni á mí nos importa un ardite. Lleve ó no pintada la virgüilla, como dicen los gramáticos, siempre será para nosotros el mismísimo tú en cuerpo y alma, origen de tantas alegrías y de tantos disgustos.

Que á veces se transforme en te y en tí por un mecanismo del lenguaje, cuya explicación no es de este lugar, tampoco hace á nuestro cuento. Ramas de un mismo tronco, esa especie de trinidad monosilábica no es sino una sola palabra con terminaciones diferentes que usamos en la conversación para significar tres cosas: la autoridad, la confianza y el cariño.

Así pues, reservándome el derecho de escribir un libro de mil páginas en folio sobre el mismo tema, libro en que recopilaré con todos sus interesantes detalles las curiosas y dramáticas historias de los más célebres tuteamientos habidos desde Adán hasta nuestros días, me limitaré por hoy, querido lector, á darte algunas pequeñas muestras del importante papel que ese dulcísimo cuanto lacónico pronombre juega en el curso de nuestra vida.

II

Tú es la línea que divide la infancia de la pubertad.

A los cinco años tuteamos á todo bicho viviente.

Desde la cocinera á la duquesa.

Desde el zapatero al rey.

Para el niño no hay dignidades, ni categorías, ni tratamientos embarazosos.

Con la misma confianza que trata á sus soldados de plomo y á su Juan de las Viñas de carton pintado, trata á los generales de carne y hueso, á los príncipes y á los emperadores.

Para él todos son iguales, y á todos los mide por el mismo rasero.

Este rasero es el tú.

Lo cual prueba, y dicho sea entre paréntesis, que el hombre es demócrata por naturaleza, y que sólo por un cúmulo de increíbles aberraciones puede llegar á convertirse en acérrimo defensor del absolutismo.

Por desgracia suya, el niño deja de serlo, y al evaporarse el santo perfume de inocencia que envolvía su cuna, espira también en sus labios el sonoro, el fresco, el dulcísimo tú, símbolo de la ternura y de la sencillez de su inmaculado corazón.

El primer tú que pronuncia una boca infantil se dirige siempre á un tirano: al maestro de escuela.

Triste cosa es que hasta el más humilde de los tratamientos sociales sea hijo legítimo de la tiranía!

Entre las disciplinas y el avinagrado gesto de dómine, concluyen con el tú democrático, de la infancia.

Y á partir desde entonces, el que antes era niño aprende, no sólo á tratar al prójimo con respeto, dándole un usted de padre y muy señor mío, sino también á deletrear, y luego á escribir hasta en abreviatura el usía, vucencia, ilustrísima, alteza, majestad, santidad, etc., para usarlos convenientemente cuando las circunstancias lo exijan.

A los cinco años el hombre prodiga á los encumbrados excelencias el mismo tú que á su portero.

A los veinte, y sobre todo á los cuarenta, si la casualidad nos honra poniéndonos en contacto con un señor excelentísimo, le damos, además del indispensable tratamiento, —del cual no se nos apea sino por una gracia particular, —una cortesía, quiebro ó genaflexión de primer orden.

¡Bienaventurados los niños, porque ellos tutean á todo el mundo!

III

Arturo es un pollo de diez y siete años. Es decir, un pollo implume del peor género posible, con un corazón tan incandescente como un horno de vidrio.

Arturo es todo amor, desde la punta de su charolada bota hasta el último bucle de su rizada cabellera rubia.

Elisa, la gentil y hermosa Elisa, otra pollita como él, poco más ó menos, es el ídolo de su alma, el adorado objeto de su volcánica pasión.

Pero Elisa no le quiere, porque hace quince días que el infeliz Arturo le pide con las lágrimas en los ojos una prueba de cariño, y la ingrata se niega á dársela.

Y sin embargo, ¡esa prueba es tan inocente!

Se reduce á un tú, á un cariñoso tú de los purpurinos labios de la bella Elisa.

¡Oh noveles amadores, cuán poco satisface vuestra naciente ambición!

¡Mentira parece que la pícara experien-

cia os haga despues tan descontentadizos!

—Elisita, ¿por qué no me tutea usted?

—Porque no está bien visto, y si mamá lo supiera...

—¡Ay! ¡Eso es por que usted no me quiere!

—Si que le quiero á usted, pero repito que no está bien visto.

—Pero ¿quién nos oye en nuestras conversaciones particulares?

—Es que luego se acostumbra una... y á lo mejor...

—¡Se tiene cuidado!

—Y además, ¡como usted no me da el ejemplo!

—¿De veras? (Apasionadamente.) ¡Elisa de mi alma! ¡Yo empezaré á darte el ejemplo desde ahora! ¿Qué no te daré á tí, que eres el ídolo de mi corazón (con entusiasmo poético), la luz de mis ojos, el ángel de mi existencia?... Vamos, ya ves que te digo de tú! ¿Me quieres, Elisa?

—Ya le he dicho á usted que sí...

—¡No, eso no vale! Es preciso que me lo digas de otro modo para que yo lo crea...

—¡Pero si me da vergüenza!

—¡Ingrata! ¡Darle á usted vergüenza de mí, que la quiero tanto!

—Jesus, hijo, ¡qué fastidioso!

—Vaya, ¿me lo dices?

—(Poniéndose colorada.) Pues bien, sí... te quiero. ¿Y tú á mí?

—¡Ay, bendita sea tu boca!... ¿Yo á tí? ¡Yo te adoro!... ¿Y tú?

—Yo también.

Sería punto ménos que imposible contar ya los túes (y allá va ese plural, con permiso de la Academia) que Elisa y Arturo se lanzaron á quemaropa.

Arturo es feliz.

Un primer tú de la mujer amada le ha hecho dichoso.

Aquella noche no durmió, saboreando su dicho.

La habitación, la cama, el candelero todo cuanto miraban sus ojos le parecía de color de rosa.

El tú de su querida Elisa resonaba en su oído incesantemente con una cadencia tan agradable, que me río yo de los arrullos de la enamorada alondra, de las armonías de Rossini, y hasta de la música celestial.

Un simple cambio de pronombre le ha transportado de la tierra al paraíso.

Dos letras constituyen su felicidad.

Pero ¿qué dos letras!

Elas significan amor y esperanza.

Es decir, el alimento indispensable de su corazón de pollo.

Respetemos sus ilusiones, porque también fueron las nuestras.

¡Maldito pretérito! ¡Con qué amargura te pronunció al imaginarme que nunca volverías á ser tiempo presente!

¡Quién fuera Arturo!...

¡Bienaventurados los que tienen diez y siete años, porque en un tú más ó ménos encuentran la ventura!

IV

Es de noche. Estamos en una de esas tertulias que llamamos de medio carácter, porque no son completamente de etiqueta.

Nuestros antiguos conocidos, Elisa y Arturo (¡pobre muchacho!) figuran en primera línea.

Como que son nada ménos que los dueños de la casa.

Tanto se tutearon, que al fin se unieron con el dulce vínculo del matrimonio.

Han pasado una porción de años.

Arturo es ya un hombre formal.

Tan formal, que juega á la Bolsa y escribe artículos políticos.

Elisa es todo lo que se llama una mujer de moda.

¡Qué guapa se ha puesto!

Astro de gracia y de belleza, como la llama su pequeña corte de admiradores, recibe los martes y los juéves para brillar en todo su esplendor.

Y aquí tienen ustedes el porqué nos encontramos, sin saber cómo, en la tertulia de la joven esposa de nuestro amigo Arturo.

El personal no es muy numeroso, pero es escogido.

Compónese de militares, artistas y escritores públicos en su parte masculina; el bello sexo está dignamente representado por hermosuras de varios tipos.

¡Nadie se tutea! El más riguroso usted impera del uno al otro extremo del salón.

Acaba de bailarse un vals, ese baile maldito que tantos vértigos produce.

Elisa ha tenido por caballero á Luis M..., joven y bizarro capitán de artillería, y uno de sus más asiduos contentulios... y admiradores.

Durante el baile, sus amigas, las tiernas

amigas de Elisa, cachicheaban al oído y sonreían con malignidad.

¿Por qué? No lo sabemos.

Elisa está un poco mareada.

Lo dicho: el maldito vals siempre ocasiona vértigos.

Luis la ha llevado hasta el sofá, sentándose junto á ella.

No tarda en formarse un grupo en torno de entrambos.

—¿Se le pasó á usted ya?—preguntan veinte bocas á la vez con anhelante solididad.

—Sí, gracias... ¡Si no era nada!

La conversación se generaliza entónces, mientras tocan al piano una magnífica pieza que nadie escucha.

Se habla de todo un poco: de política, de baños, de amor, de modas y de crónica local.

Arturo también es de la rueda.

Sus graves ocupaciones le han permitido venir un rato al salón de la tertulia.

De pronto se ha puesto pálido, pálido como un difunto.

Los circunstantes se miran unos á otros.

Las mujeres vuelven á soñar con esa angelica sonrisa que sólo ellas poseen, que no puede traducirse más que por agudísimo dardo que va derecho al corazón de quien la provoca.

Los hombres arrugan el entrecejo.

Un silencio repentino y profundo deja oír los dulces acordes del piano, que á la sazón pulsa una mano maestra.

Pero ¿qué es ello? ¿qué sucede?

Nada, ó casi nada: que la bella Elisa, quizá por efecto del reciente mareo, ha cometido un pequeño lapsus lingua.

Al dirigirse al capitán Luis, le ha hablado de tú en el calor de una inconsiderada réplica.

Elisa reparó su falta con un ¡Ay, usted dispense! ¡En qué estaba yo pensando!

Pero ya era tarde.

Arturo habia sorprendido las sonrisas, las miradas y el movimiento de cejas de los contentulios.

Arturo no duerme en todo el resto de la noche.

Aquel tú, dirigido impensadamente á un extraño, pesaba sobre su corazón como si fuera una montaña de granito.

El primer tú que oyó de los labios de Elisa vino á su memoria.

—«No es bueno acostumbrarse...»—murmuraba, recordando las excusas de la que entónces era su adorado tormento.

Arturo era bolsista y hombre de cálculo.

A fuerza de comparar aquellos dos túes que de tan diversa manera le impresionaron, se fijó en su imaginación con una tenacidad inconcebible la teoría del valor entendido.

Al día siguiente Arturo se batió con el capitán Luis.

La bala de su adversario le rompió el hombro derecho.

¡No importa! Su honor, ultrajado por aquel tú de sospechosa procedencia, demandaba aquel sacrificio.

El hombre de Arturo se cicatrizó con el tiempo, aunque la herida de su corazón permanece siempre abierta.

Elisa ya no recibe.

Sus tertulias han concluido.

La reina de la moda yace en la soledad más profunda.

El silencio y la calma dominan en aquel hogar doméstico; pero es una calma semejante á la de los sepulcros.

¡Pobre Arturo!

¡Pobre Elisa!

Un tú os abrió las puertas del paraíso.

Otro tú os las acaba de cerrar para siempre.

Dentro del paréntesis formado por esos dos pronombres queda nuestra perdida felicidad.

¡Cómo ha de ser! Nada hay eterno en este mundo.

¡Niñas, mucho cuidado con tutear á nadie fuera de tiempo!

V

Continuemos nuestro análisis.

El tú es elástico, tan elástico como la conciencia de un usurero...

—Una palabra, señor articulista.

—Estoy á tus órdenes, mi querido lector.

—¿Falta mucho para concluir?

—Pues hombre, ya con las manos en la masa, como suele decirse, quisiera darte á conocer todo el valor de la palabrilla.

—Por conocido. Para muestra, con un botón basta.

—Estamos de acuerdo; y puesto que tu repentina pregunta no es sino el grito de tu ya agotada paciencia, y puesto que no me acomoda seguir charlando con la pared de enfrente, figurate que no he dicho nada, y tan amigos como antes.

Los caracteres.

Muchas cosas pueden turbar la paz doméstica y matar la poca felicidad de que podemos gozar en la tierra; pero de todos los defectos que pueden atormentar á los demas, el más temible es la desigualdad de carácter. Os creéis en paz, vivís sobre la fe de los tratados, no habeis hecho nada que pueda ofender al compañero ó á la compañera de vuestra vida; os habeis separado cordialmente, hasta con alegría, os volvéis á encontrar, y todo ha cambiado. Una nube sombría ha pasado sobre el cielo; ya no hay sonrisas ni tiernas miradas; apenas os contestan de una manera seca y breve, evitan el encontrar vuestros ojos, y hacen todo lo posible para negaros las más ligeras muestras de simpatía. Afortunados sois si apropiado de la más ligera contradicción no toman el aire de víctima ó de mártir. La comida ó la visita terminadas, os separais con tristeza de la persona que os ha hecho sufrir de este modo; os preguntais el cómo y el por qué de aquel humor, y qué podéis hacer para calmarlo. Os volvéis á encontrar de nuevo, y todo ha cambiado; la persona está alegre, todo le parece bien, todo lo acepta, os abraza y os besa, y todas las dificultades desaparecen borradas para siempre, hasta que el mal humor destruye de nuevo vuestras esperanzas renacientes.

Este suplicio cotidiano, de más peso quizás que la verdadera desgracia, ¿de dónde proviene? De la salud, de los nervios agitados, del estómago debilitado, de la sensibilidad ó la susceptibilidad excesivas del espíritu, que sin cesar observa y analiza los procederes ajenos y cree descubrir intenciones ofensivas y faltas de consideración, que no han existido jamás sino en la mente un poco enferma en donde han sido engendrados. ¿Cómo remediar este mal? Si las víctimas somos nosotros, la paciencia es el solo remedio: no replicar, dejar hacer, no apesadumbrarse. Procurar sostener el tono natural, la benevolencia, evitando siempre los casos peligrosos, cerca de los cuales la tempestad es inevitable. Algun silencio y atenciones delicadas, pero sin ostentación, serán de buen efecto; pero sobre todo la paciencia y la indulgencia. Todo se arreglará con más ó ménos días, según la mayor ó menor fuerza de los diablos azules de que se está poseído.

Si, por desgracia, este humor verdaderamente diabólico nos acomete, combatámosle con valor. ¡Hace tan desgraciados á los que nos rodean!

Chateaubriand, que era algo misántropo, decía: «No he cesado de reconvenirme por las desigualdades de carácter que tanto han afligido á los que me querían. Pensemos que apesar de nuestro cariño podemos envenenar existencias queridas, que rescataríamos al precio de nuestra sangre. Cuando nuestros amigos han bajado á la tumba, ¿qué medios tenemos de reparar nuestras faltas? Nuestros inútiles dolores, nuestros vanos arrepentimientos, ¿acaso son un remedio á las penas que les hemos causado? Más hubiera preferido una sonrisa durante su vida, que todas nuestras lágrimas despues de su muerte.» (Memorias.)

La desigualdad de carácter destruye todo el bien que queremos hacer, corroe las afecciones de que somos objeto, como el vinagre corroe un metal precioso y acaba por agriar los caracteres más dulces y más amigos de nuestra felicidad. Si creemos que esta desigualdad proviene de nuestra salud, cuidémonos, adoptemos un buen régimen, y distraigámonos, como aconsejaba San Francisco de Sales á Jiloteo cuando le veía triste. Hagamos ú oigamos música, que suaviza las asperezas del humor, y cuando sintamos hervir en nosotros este descontento interior, esta tristeza sin nombre que se derrama como una ola amarga y nauseabunda sobre todo lo que nos rodea, enónces ¡ay! solicitemos los auxilios de Dios. ¡Esforcémonos y luchemos contra nosotros mismos!

Con una sola palabra amarga que evitemos, habremos conseguido una ventaja: ¡una sola sonrisa que consigamos hacer salir de nuestros labios será una victoria!

Pero para llegar á un triunfo real y verdadero, es necesario cortar el mal de raíz, es decir, distinguir el principio de este defecto, que es el amor, este mismo amor celoso, celoso de sus derechos, irritable, desconfiado, que se concede á sí mismo todas las prerrogativas, y no quiere conceder nada á los demas. Siempre dispuesto, es el padre de esta desigualdad de carácter que hace tan espinosa y difícil la vida de ciertas personas. Si lo reconocemos en nosotros, ahoguémosle sin misericordia, y acordémonos de Aquél que fué humilde y bondadoso, y cuya santa paciencia no se desmintió jamás en medio de sus discípulos ignorantes y débiles.

Un excelente autor inglés ha dicho: «El buen humor es como el aire embalsamado de la mañana, como el rayo de sol, sin el cual el paisaje más pintoresco no tiene encanto. Grandes deberes y grandes abnegaciones pierden su virtud y su poder si no se realizan con benevolencia amable, y no tienen ningun valor si no las ilumina un rayo de un carácter siempre sereno. Se es feliz al lado de los que se muestran siempre satisfechos, y se sufre cerca de los que jamás están contentos.»

Estas sencillas reflexiones son muy justas. Concluimos, pues, diciendo: Soportemos á los demas, pero velemos sobre nosotros, para que no tengan los demas que soportarnos.—M. B.